

(154)

dando fin á esta historia, volveremos á tomar las trágicas, que habíamos suspendido para dar un desahogo al espíritu afligido con los horrosos casos y crueldades de las anteriores.

HISTORIA TRÁGICA 9.^a

— 1000 —

L A S

VÍCTIMAS DE BELONA,

ó

LA MUERTE GLORIOSA

DEL PRÍNCIPE

PONIATOWSKI.

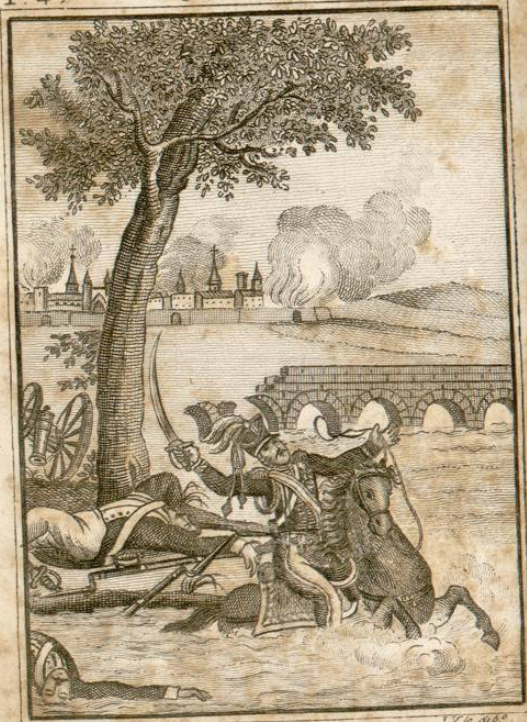
HISTORIA TRAGICA

VICTIMAS DE BELONA

LA MUERTE GLORIOSA

DEL PRINCE

POBIATOWSKI



B. a. 1790
Ciencia funesta! Ciencia infernal! Cuando cesaras de ejercer tu horrorosa tática?



*Todo el elogio de un héroe
 está encerrado en su nombre.*

Ya el buril, el pincel y los cien clarines de la fama han publicado en toda la Europa que el príncipe José Poniatowski, nuevo Horacio Coclés, aunque menos feliz, eligió un sepulcro glorioso en el rio Elster en la batalla de Leipsig, y que por una adhesión heroica pre-

(158)

firió una muerte ilustre á una vida vergonzosa: ya, digo, la Polonia toda, engreida de ser la cuna de este héroe, le ha erigido estátuas, y los mas hábiles artistas acaban de reproducir en Varsovia en un mármol casi animado las facciones de un guerrero que el mundo admira.... ¡Mas ah, tributos, homenajes impotentes! vosotros, frá-giles laureles, no sois aun dignos, con todo vuestro brillo, de ceñir la frente augusta que coronais, y ni el mármol ni el bronce serán monumentos bastante durables á la gloria de Poniatowski. Para elogiar á un Ajax seria necesario un Homero. La lira de un singular genio poético fuera la que pudiera celebrar en acordes belicosos aque-

(159)

lla triple batalla en que el bronce de veinte pueblos coligados alcanzó apenas el triunfo sobre una nacion invencible; en que unas masas de infanteria cosmopolita, he-rizadas de hierro, é inflamadas de pólvora, hicieron por espacio de tres meses inútiles esfuerzos para arrancar á viva fuerza la victoria á un ejército que puede ser hubie-ra triunfado aun, si de su mismo seno no hubiesen salido enemigos que le vendiesen.... Fosos inmen-sos abiertos bajo los muros de Leipsig, lúgubre magestad de aque-llos innumerables sepulcros, ins-piradme en mis narraciones, y de-cidme cómo se puede hablar dig-namente de la muerte gloriosa de cien mil héroes!!!

No es mi ánimo trazar, como historiador militar, ni como escritor político, todos los horrores de este cuadro sangriento: no; lo haré solo como filósofo observador, como pintor filantrópico; trataré únicamente de hacer un bosquejo imperfecto, y de seguir en las famosas acciones del 17, 18 y 19 de octubre de 1813 el carro ensangrentado de Marte, repartiendo la muerte en un espacio de diez leguas, sin que sean bastantes á contener sus horrorosas destrucciones los obstáculos de la noche....

La batalla de Berlin, en la que el humo de la artillería francesa cubria ya los campanarios de esta capital, se habia perdido, y concentrados despues todos los cuer-

pos bajo Leipsig, formaban un vasto círculo de batallones impenetrables. Este fue el teatro que toda la liga eligió para decidir de los destinos de la Europa. A pesar de un tiempo nebuloso y algunas veces lluvioso; á pesar del viento frio de las noches, el fuego del vapor circuló al momento en todos los corazones franceses, y el primer cañonazo fue para aquellas inmortales falanges de la antigua Galia una conmocion eléctrica de gloria que les hizo abrasar á todos por el amor de vencer. Aquí es, sobre yerba mil veces hollada por los caballos, donde los valientes y fogosos escuadrones, al oír el mortal clarín, rompen con la mayor intrepidez murallas de rusos,

(162)

de suecos , de prusianos y de ingleses : la victoria es ganada por un punto , y al momento es perdida por otro : los escuadrones franceses , vencedores del primer encuentro con el enemigo , son despues víctimas de un ardid de guerra , y hallan la muerte sobre un volcan de artillería que aquellos habian emboscado. La caballería ligera , semejante á la hoz rápida que en manos del labrador hace caer los tesoros de Ceres , cubre aquel terreno de cadáveres ; y el cúmulo de muertos y de moribundos forma por sí solo una muralla favorable á las legiones fugitivas. En este huracan espantoso , en medio de estos estruendos del trueno artificial , cae sin cesar una lluvia

(163)

de sangre , y tiñe los surcos de púrpura : miembros humanos envueltos en el fango descansan ya confundidos con los miembros de animales inmundos : la cabeza de un toro , que no hace nada era el espanto de los valles , el orgullo de los rebaños de los lugares inmediatos , y el de una tierna becerria , se confunden horriblemente con el cuerpo ensangrentado de un artillero muerto junto á su cañon. ¡ Reunion horrorosa !.... Los caballos que tiraban de esta pieza , muertos por las balas , han mezclado la espuma de su sangre con la sangre de los artilleros. En este monton de carnes muertas y enlodadas estan clavados los dientes de un caballo en la cara de un

(164)

cadáver, y uno y otro boca con boca en una lenta agonía se han comunicado las últimas angustias de su muerte.... Espectáculo asqueroso y horrible, tú podrás existir, pero no podrás jamás ser sino débilmente descrito.

Mas pasemos de los episodios á los grandes objetos que se presentan por todos los horizontes desde aquel punto de centro: treinta pueblos ardiendo por todas partes ofrecen un espectáculo de los mas horrorosos: las llamas culebreando por los aires enfurecidos, el ruido de los campanarios que se desploman, producen de cuando en cuando un furioso estruendo sordo que forma una base sombría y espantosa en esta horrible armo-

(165)

nía: millares de palomas inocentes huyen á todo vuelo de sus palomares, mientras que una nube de cuervos que han acudido de los contornos septentrionales al olor de tanta carnicería, celebran ya con su paso aciago, dando vueltas y revueltas, las locuras de los hombres que van á suministrarles con sus mismos cuerpos un abundante pasto.... Pero todos los sentimientos humanos deben ceder aqui el paso á los intereses delicados de la gloria y del honor. «Ese pueblo oculta una batería,» dice este General de artillería: al momento veinte obuses, mensajeros furibundos de la muerte, le reducen á cenizas. Este hermoso palacio, obra de diez siglos, puede encu-

(166)

brir tiradores peligrosos, y el fuego debe al instante demolerle. Belfona no se para en dificultades ni perjuicios nunca en su ciego furor; sin embargo de que el caballero del palacio, con su esposa desconsolada, madre de dos jóvenes hermosas, sorprendidos todos y cercados por el fuego y las ruinas, van á sufrir una muerte cierta.... Es preciso vencer, y no importa á qué precio; y cuando el historiador hable de la gloria de las armas de una nacion, no se dignará ni aun de informarse si ha sido deramada la sangre de tantas víctimas inocentes.... Asi, mientras que los palacios, las casas de recreo y pueblos enteros son pasto de las llamas; mientras que los ganados

(167)

y todos los animales consumidos en los establos y en las granjas ofrecen la triste imágen de la destruccion general; mientras que los artesanos y labradores, particularmente los ancianos caducos, salen arrastrando sobre sus muletas; y mientras que las mugeres desmelenadas se precipitan entre los escuadrones enfurecidos, y hallan la muerte al momento en la metralla que vomita el cañon, los Príncipes, los Mariscales, los Generales, siempre serenos y frios en medio de este vasto incendio, decretan la muerte con faz serena é imperturbable, y con el mapa en la mano saben á punto fijo por el arte de una ciencia topográfica, en qué terreno se puede mejor des-

trozar al enemigo.... ¡Ciencia funesta , ciencia infernal! ¿cuándo cesarás de ejercer tu horrorosa táctica?... Mas las sombras de la primera noche de esta sangrienta batalla apagan ya insensiblemente la luz del día; el hombre las ve descender con un secreto disgusto ; no se podrán distinguir sus víctimas en la oscuridad , y será forzoso esperar la aurora para entregarse á nuevos estragos : el arma blanca debe estar ociosa , y solo el fuego de la artillería será el que se use para destruirse mutuamente. Por todas partes se ven como erupciones de llamas volcánicas : es la luz del cañon que dispara sobre las columnas , cuyo movimiento se ha descubierto por me-

dio de las ollas de campaña ; y los ecos de una cordillera de montañas en anfiteatro detras de los ejércitos , haciendo conocer á las ciudades lejanas que se estan degollando á distancia de veinte leguas , las ponen en la mas viva inquietud sobre el suceso de la accion. Mas durante esta misma primera noche , mientras los heridos llegan en masa á Leipsig á pie , en carros , furgones ó parihuelas ; mientras que los habitantes , consternados , habiendo recibido la orden de iluminar sus calles y ventanas , abren las puertas al valor desgraciado ; mientras que las mugeres se apresuran á llevar paquetes de hilas á los hospitales , en que frecuentemente se hacen

(170)

á un tiempo veinte amputaciones en una magnífica sala, que la víspera habia sido de baile; y mientras que en fin, los cohetes á la Congreve revolotean sobre los tejados de las casas, han sido tomadas todas las disposiciones para que el segundo acto del sangriento drama sea igual en horrores á los del primero. Apenas la aurora alumbra un poco el campo de batalla, cuando todas las máquinas homicidas estan ya en movimiento, renovadas las municiones, y la sangre, apenas fria en las lanzas, va á mezclarse á nueva sangre: la fatiga de las guardias, las privaciones del hambre, nada es capaz de suspender el furor de los ejércitos, que para ba-

(171)

tirse con denuedo unos y otros no necesitan mas que sus fuerzas morales. Fórmanse las secciones, la caballería se pone en línea, se distribuyen cartuchos, el soldado los toma tambien de la cartuchera de su camarada muerto en la víspera, y cuyo cadáver durante la noche le ha servido de almohada: se prepara; límpiase los sesos que han saltado sobre su rostro; cambia sus armas por las mejores, y sin pensar en el peligro, no se ocupa mas que de la gloria de su regimiento. Mas durante esta distribución de cartuchos, viene á caer un cohete fatal sobre los furgones abiertos de las municiones: salta todo en una horrible esplosion: hombres, caballos, cañones,

(172)

todo es dispersado en átomos, y los mismos efectos y cuerpos mutilados van aun á llevar la muerte á las filas de una reserva que esperaba con las armas en la mano el honor de participar pronto de la batalla. Pero estas pérdidas, estos estragos en detalle no son mas que episodios insignificantes de la guerra; y asi como en una banca los príncipes y potentados aventuran á veces todo el valor de una importante propiedad, y no se hace mérito de otros puntos insignificantes que arriesgan oscuramente algunas monedas de oro; lo mismo veinte ó treinta furgones volados y cien artilleros hechos pedazos no impedirán la trágica representacion de la pieza, y por un ma-

(173)

quinista de menos entran mil á reemplazarle. Dejemos ahora á estos desgraciados artilleros, ciegos, cojos, mancos, desfigurados como los Cedipos sin sus Antígonos, que adivinen el camino del hospital que debe ser su sepulcro, y volvamos á las grandes masas móviles, que semejantes á Vesubios ambulantes no se detienen mas que para lanzar metódicamente su fuego.

¿Qué hacia el gefe en medio de esta carnicería?... Luchaba en vano contra el destino, cuya mano de hierro pesaba por todas partes sobre sus valientes divisiones. Querria hacer frente á todos los peligros, conociendo, aunque tarde, que habia vuelto ya á treinta leguas de alli por naciones enteras: no

(174)

era pues, sino por coger laureles inútiles, el prodigar la sangre de sus soldados!!!.... no era sino por hacer admirar con esfuerzos impotentes que la infantería marina se burlaba en Leipsig de los peligros, como habia despreciado muchas veces los abismos del mar!!!.... De todos modos, estan en el segundo dia de la batalla, y la carnicería no cesa: lobos espantosos penetran en pleno dia en la ciudad huyendo: ruedan por los tejados de las casas las balas, el cañon se acerca, y las divisiones francesas rechazadas amenazan tomar la ciudad por único refugio. En peligro tan inminente el Rei de Sajonia y la jóven Princesa dejan sus palacios, y se refugian en la plaza, en una ca-

(175)

sa guardada por dos batallones sajones; por consecuencia, no es ya una batalla lejana cuya distancia permite siempre un campo libre á las congeturas felices ó desgraciadas: la sangre correrá ya en las plazas públicas y en las casas: los hospitales, las iglesias y los palacios no serán sino cloacas infestadas de miembros mutilados, de cadáveres y de escrementos.... Los rincones de las mojoneras son el último asilo de un herido, que muerto de hambre engulle en su estómago la yerba enlodada, y muere sobre el barro que le ha servido de cama. A pesar de todos estos males reunidos, se da la orden (y la historia recogerá sin duda este suceso) á todo amputado de un miem-

(176)

bro solamente para salir de la plaza: por lo que solo los que hayan tenido dos brazos ó dos piernas cortadas, han adquirido el derecho funesto de permanecer en aquella mansion de horror!!!....

El terror, el interes de las grandes sensaciones, el espanto y la admiracion son inspirados sobre tantos puntos, que el observador, el filósofo no saben donde fijar su pensamiento en estos grandes espectáculos del alma; por todos goza de los dolorosos espeluzos del terror; y en cierto modo se muestra arrogante de estar aun vivo en medio de tantas ruinas, tal como una roca inaccesible á la impetuosidad de las olas y de los vientos: desentendiéndose de aquel conjun-

(177)

to despreciable de ideas vulgares, se eleva su imaginacion á las escenas magestuosas de la muerte, sin dejar de lamentarse de la causa terrible que las motiva. Asi pues, ¿qué importa que una familia anegada en lágrimas haga llegar sus gritos á la casa inmediata; que tiernas virgenes sean profanadas brutalmente por el hombre inmoral; que aquel niño sea degollado en su cuna... que la cabeza cana de aquel anciano venerable sea dividida en dos partes de un hachazo, y que el seno de esta jóven esposa tendida en su lecho tenga aun atravesada la espada con que fue herida?... Todos estos objetos, considerados así particularmente, son en efecto bien terribles y esu-